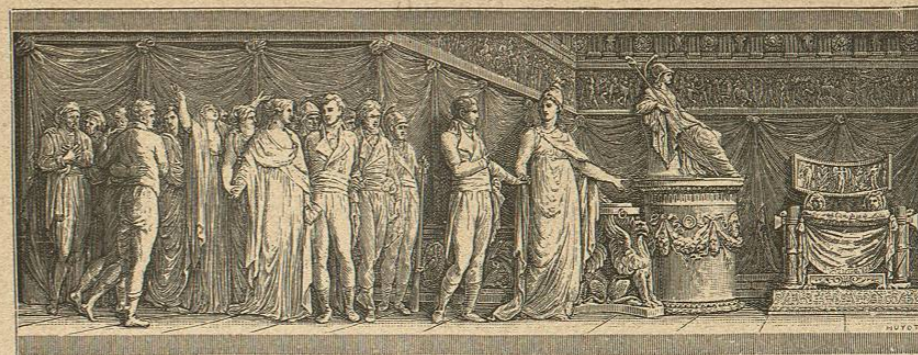


enemigo, en tal otro se forzará el paso á viva fuerza. Hace más todavía: adivina los movimientos que hará el ejército austriaco, obligado por los suyos, descubre las faltas que cometerán sus adversarios y las incluye en sus cálculos. Dos meses, trescientas leguas y más de doscientos mil enemigos separaban su pensamiento del resultado. Todo se realizó tal como lo había previsto.»

En realidad, fué necesario todo el prodigioso éxito de la campaña de Ulm y de Austerlitz para endulzar el amargor de una decepción tan cruel, y más de una vez el vencedor del Continente lamentó que la cuestión no se hubiese resuelto en la misma Inglaterra. Este proyecto de invasión de un numeroso ejército en la Gran Bretaña presentaba obstáculos verdaderamente excepcionales, pero Napoleón los había previsto y no eran insuperables. Una vez realizado el desembarco, el éxito no era dudoso. El ejército que, en menos de dos años, debía vencer á Austria, Prusia y Rusia, no podría encontrar en Inglaterra fuerza suficiente para detenerle. Si el gobierno inglés no se resignaba á firmar inmediatamente la paz en Londres, no le quedaba más recurso que retirarse á Escocia para dar tiempo á Nelson á que cortase el camino de Francia á Napoleón. ¿Qué hubiera hecho éste entonces, bloqueado en una isla como si fuese una plaza fuerte? ¿Hubría apelado á las ideas democráticas que la Revolución francesa había despertado en el pueblo inglés? ¿Hubiera reorganizado el país y fundado una nueva dinastía, como lo hiciera en otro tiempo Guillermo *el Conquistador*? Cuestiones son éstas sobre las cuales cabe discurrir ampliamente sin llegar á una solución. Por otra parte, lo más probable es que los ingleses habrían entrado en tratos en seguida. De todos modos, «la posteridad, como dice Jomini en su *Arte de la guerra*, lamentará, para experiencia de los siglos futuros, que no se llevase á cabo, ó á lo menos se intentase, tan extraordinaria empresa... Sin embargo, nuestros nietos encontrarán en los preparativos que se hicieron para aquel desembarco, una de las lecciones más interesantes que este siglo memorable nos ofrece, para estudio de los militares y de los hombres de Estado. El conjunto de los trabajos de todas clases realizados en las costas de Francia desde 1803 á 1805, constituye una de las más grandes empresas debidas á la actividad, la previsión y el talento de Napoleón.»



Napoleón proclamado Emperador. (Pintura mural de Appiani en Milán.)

CAPITULO II

CAMPAÑA DE 1805

EL GRANDE EJÉRCITO.—ULM.—TRAFALGAR.—AUSTERLITZ.—PREBURGO.—MUERTE DE PITT.

El Grande-Ejército que guarnecía desde algunos meses atrás el campamento de Boloña, partió, pues, en dirección de Alemania. Constituíalo la masa más considerable de tropas francesas existente á la sazón, y á esta superioridad numérica debió en un principio el título de *Grande-Ejército*, que se le concedió para distinguirlo de los pequeños cuerpos que operaban aisladamente; pero sus maravillosos triunfos y el conjunto incomparable de condiciones militares que le caracterizó, hicieron que esta denominación tomase un sentido puramente moral. Nunca lo mereció más que en 1805.

Aunque aguerrido ya hacía tiempo, en las maniobras del campo de Boloña adquirió aquella flexibilidad, disciplina y perfecta subordinación que debían convertirle en el primer ejército del mundo. «En las campañas de 1802 y 1806,—decía el mariscal Bugeaud, que en Austerlitz llevaba la mochila de granadero,— el aspecto del ejército era magnífico y presentaba extraordinaria cohesión. Abundaban en él los elementos de fuerza y acción; se habían aprovechado los años

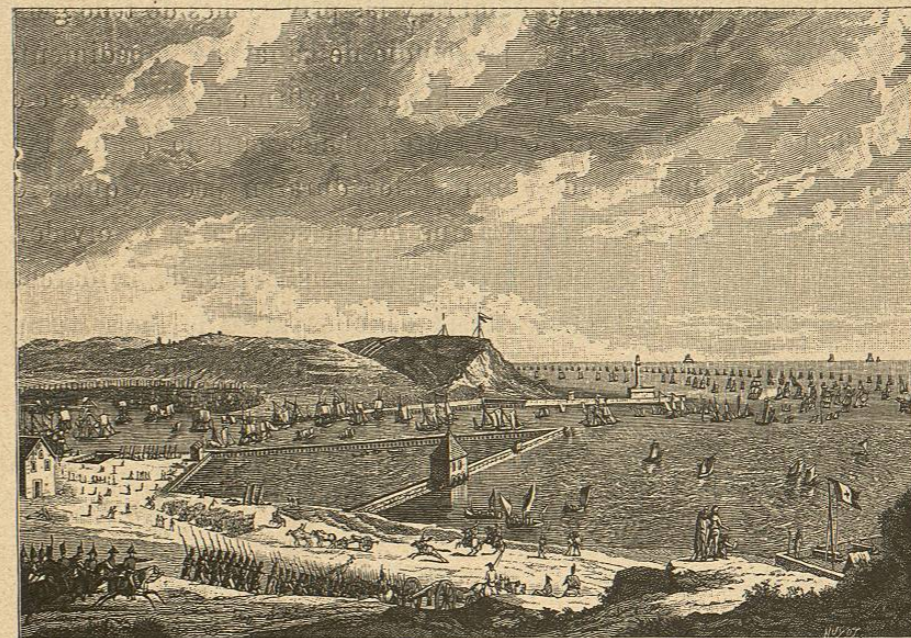
de paz para infundirle la disciplina y la regularidad, que substituyeron á las costumbres descuidadas y al desorden de las tropas de la República y del Directorio. El efectivo de este ejército no era exagerado: soldados veteranos, más bien viejos por la experiencia de la guerra que por la edad, formaban cuerpos escogidos, poco numerosos, alistados con gran parsimonia, y que rodeados como consecuencia de alto prestigio, llevaban consigo en el combate una gran fuerza moral, casi siempre decisiva.»

Desde esta época se substituyeron las antiguas divisiones por grandes agrupaciones ó cuerpos de ejército, pues la división resultaba demasiado débil, y si aun se conservó en parte, lo fué únicamente como unidad secundaria. Napoleón formó cuerpos compuestos de tres divisiones, mandados generalmente por mariscales: estos cuerpos venían á constituir otros tantos pequeños ejércitos, capaces de sostener el embate de las fuerzas enemigas, dando tiempo á los otros para entrar en batalla. Esta concentración simplificaba el mando, pues el mismo Napoleón, á pesar de la extensión y de la potencia de su genio, consideraba que casi era imposible para un general dirigir con precisión más de cinco ó seis unidades distintas. Organizó, además, importantes reservas de caballería, concediendo únicamente á cada jefe de cuerpo, para que pudiese disponer de ella, una brigada de caballería ligera. Además de asignar á cada cuerpo de ejército una artillería numerosa, organizó también reservas completas de esta arma.

Consistía el plan de Napoleón en lanzar sobre la cuenca del Danubio este formidable ejército y marchar con él sobre Viena, manteniéndose en Italia, en tanto, únicamente á la defensiva. Tenía ya ocupado el Hanover militarmente y contaba con fuertes guarniciones en las principales plazas marítimas del reino de Nápoles. Los aliados se proponían formar un ejército anglo-ruso para arrojarle de Italia, y dos cuerpos de ingleses, rusos y suecos para expulsarle de Hanover, en cuyas lejanas empresas se proponían emplear 60.000 hombres. Napoleón conocía estos proyectos, pero no le preocupaban, ni dispuso siquiera la evacuación de Nápoles y de Hanover. Pronto debía reunirse Saint-Cyr con Massena en el Friul, y Bernadotte acudir á tomar parte activa en las operaciones del Danubio, porque después de las victorias de Ulm y de Austerlitz fácilmente podrían recuperarse

las posiciones abandonadas. Estas tentativas de los aliados debían resultar, pues, completamente inútiles.

El 27 de Agosto, Napoleón dió sus últimas instrucciones á los siete cuerpos del Grande-Ejército. Según ellas, debían ponerse en movimiento al día siguiente de recibirlas, y si bien el ejército de Bernadotte no podía hacerlo hasta el 2 de Septiembre, en el campamento de Boloña las órdenes se ejecutaron con verdadera precisión en la mañana del 29. Guardóse el mayor secreto, hasta el punto de que



Vista del puerto y de la rada de Boloña. (De un grabado de la época.)

únicamente lo conocían Berthier, jefe del Estado Mayor general, y Daru, intendente general del Grande-Ejército. Daru tuvo que ir á Paris para expedir por sí mismo las órdenes, sin dejar traslucir el secreto. Napoleón aparentaba mandar únicamente un ejército de treinta mil hombres sobre el Rhin. La rapidez era tan necesaria cuando menos como el secreto para el completo éxito de tan vasto plan.

«Erase un jueves por la tarde, en cuyo día debíamos darnos á la vela con rumbo á Inglaterra,— dice Coignet,— pero á las diez de la noche se nos mandó desembarcar y dirigirnos, con la mochila á la espalda, á Pont-de-Briques para dejar allí nuestros capotes. Por todas

partes se oyeron exclamaciones de júbilo. En el espacio de una hora, toda la artillería se puso en marcha para Arras. Nunca se ha realizado marcha más penosa: no se nos dió ni una hora de descanso, caminábamos día y noche formando pelotones, estrechábamos las filas para no caernos: los que caían ya no podían levantarse más. Caíamos en los hoyos, en las cunetas, y nada nos importaban los sablazos de plano. Tocaban las músicas, los tambores batían marcha, pero nada podía dominar el sueño; aquellas noches sobre todo eran terribles.» Tenían que luchar también contra el frío, contra una lluvia penetrante de nieve líquida, contra el hambre y las privaciones de todo género, pues para ir más deprisa se prescindió de bagajes é impedimenta, que no hubiera podido seguirlos. Fesenzac afirma que, á excepción de la campaña de Rusia, nunca el ejército había sufrido tanto. Pero ahora, afortunadamente, los sufrimientos duraron poco y quedaron recompensados con tanta largueza que pronto se echaron en olvido.

Napoleón, aun con riesgo de extenuar sus tropas, debía marchar contra el enemigo con esta celeridad, pues si se le daba tiempo siquiera para avanzar hasta el Rhin, preveía que la Alemania entera entraría en coalición. Hasta el mismo Maximiliano, elector de Baviera, vacilaba en aceptar su alianza; se sabía que era personalmente adicto á la Francia, en cuyo ejército había servido antes de ser Elector, y además profesaba gran admiración y amistad sincera á Napoleón; su ministro, M. de Montgelas, estaba también identificado con sus ideas y proyectos reformistas: ambos tenían motivos de queja de la nobleza y del clero, que no veían con buenos ojos ni la secularización de sus bienes ni la igualdad política; finalmente, Baviera era deudora á Francia de su engrandecimiento territorial. Todos estos motivos inclinaban al Elector á aceptar la alianza francesa; pero en la corte había un partido adicto á los austriacos al que dirigía su esposa, hermana de la emperatriz de Rusia y de la reina de Suecia, educadas las tres en el odio más profundo hacia la nación francesa. Sus bellas cualidades como esposa y como madre dábanle gran ascendiente sobre su marido, que se veía en el duro trance de optar entre sus simpatías por Francia y el amor de su mujer, que de continuo le presentaba á su primer ministro como uno de los revolucionarios que habían derrocado la monarquía francesa y le incitaba á despedirle. El Elector, en

esta incertidumbre, ofreció su neutralidad á las dos potencias rivales, que no la aceptaron, esforzándose en alcanzar por sorpresa una alianza que reportaba al que la lograra el concurso de un ejército de 30.000 hombres: el embajador francés, Otto, consiguió por fin esta victoria. Entonces los Austriacos rompieron las hostilidades en Baviera, antes de la llegada de las tropas francesas, y se pusieron en marcha sobre Munich. El Elector, presa de la mayor incertidumbre, entró en negociaciones con ellos, y es muy probable que al fin hubiese cedido,



Mack aniquilado. (Caricatura de la época)

recordando las tribulaciones que sufriera su antepasado, Carlos VII, á consecuencia de su alianza con Francia contra María Teresa, si el embajador francés no lograra llevarse consigo á Wurtzburgo, con todo el cuerpo diplomático, haciendo acudir á toda prisa á Marmont y Bernadotte, que se hallaban respectivamente en Maguncia y en Westfalia. Maximiliano, viéndose ya seguro entre las tropas francesas, ordenó á las suyas que juntaran sus banderas con las de Francia y firmó con Otto un tratado formal de alianza, rogándole únicamente que demorase hacerlo público hasta la llegada de Napoleón, á fin de no herir la susceptibilidad de su esposa.

Baviera y los Estados alemanes del Rhin volvieron así, en esta